

EL ARCOÍRIS DE SER

GERALDINE BERMÚDEZ MORENO



El cielo estaba azul como el mar en la tierra de Loflang. En el fondo del río brillaba una luz amarilla que no dejaba descansar a Juma, un unicornio que, si pudiera, se la pasaría comiendo miel de los árboles y durmiendo todo el día.

Esa mañana el bosque estaba diferente porque, como nunca, la paz se sentía por doquier. Las aves adornaban los cielos, los árboles sonreían a los pájaros. La ardilla no discutía por las nueces secas que le habían robado, ni tampoco el búho gritaba *silencio* para poder dormir. Tato, el pegasus verde, estaba desde temprano haciendo piruetas en el frío río de Loflang. Era el pegasus más hermoso del universo, o al menos el más hermoso de Loflang, todos los animales del bosque le obedecían, era el norte de las tierras salvajes.

Después de terminar su rutina de piruetas, Tato se fue a despertar a Juma, el único unicornio salvaje que quedaba en Loflang.

—Buenos días, levántate a darte un chapuzón, el agua está deliciosa —dijo Tato a Juma, quien roncaba acostado boca arriba.

Mientras esperaba, Tato estiró sus hermosas patas traseras y cuando cayó el primer destello de sol sobre sus alas, una luz intensa se reflejó en los ojos de Juma. El unicornio se despertó de un brinco y sacudió su cabeza y cola de lado a lado. Juma comenzó a refutar entre muelas.

—Solo quería dormir, es demasiado temprano.

Pero al instante, el unicornio recordó que debía alistarse y ponerse más hermoso que nunca: hoy era el día de ir a la torre del castillo a ver a Malé, la alicornia Violeta más linda que sus ojos habían visto. Malé no era sólo la alicornia más linda, sino que además era la princesa oficial de Loflang. Malé era una princesa diferente porque, aunque creció como una humana, después de haberse bañado en el río de Loflang adquirió un hechizo que la aldea contempló como un castigo para el rey, pero que el bosque consideró como el regalo máspreciado de

la naturaleza. Esa condición era haber pasado de humana a alicornia; es decir, Malé cambiaba de forma humana a una de unicornio, gracias a la magia de esas aguas cristalinas que reflejan el dorado oro del sol y el brillante diamante de la luna.

El desprecio de los aldeanos y el desconcierto de los reyes con su princesa hizo que, durante mucho tiempo, Malé se escondiera en la vieja torre del castillo y soñara con huir al hermoso bosque que lograba contemplar. Un día, sin más, Malé se animó a caminar entre el bosque y fue allí donde conoció a sus nuevos amigos, Juma y Tato.

Juma, al recordar que vería ese día a Malé, se puso como loco, se metió al río y se bañó rápidamente, luego comenzó a correr en círculos. Tato, sorprendido, le dijo:

—Cálmate, muchachón, o tu piel se pondrá transparente, tan transparente que ni Malé te verá.

Esta fue la única manera en que Tato consiguió apaciguar un poco la inquietud de Juma. El unicornio y el pegasus se fueron galopando juntos por el bosque, percatándose, eso sí, de no encontrarse con ninguna araña vecina, puesto que Juma les temía tanto que de ver alguna no solo hubiera gritado, sino que probablemente también se habría desmayado, y por supuesto Tato no quería correr ningún riesgo que le evitara que Juma viera a su amada Malé.

Mientras tanto, en la torre del castillo se encontraba Malé. La alicornia estaba bailando en su habitación, intentando decidir qué piel usaría ese día. Nunca era tarea fácil elegir qué ponerse y menos cuando debías elegir entre dos atuendos: humana o unicornia. Malé quería estar con Juma y, a la vez,

mantener su esencia como la princesa del reino; tener las dos cosas era imposible.

El camino al castillo había sido más corto de lo que esperaban. En cuanto la sombra de la torre cubrió a Juma, este levantó la cabeza e, importándole poco las arañas, corrió hasta donde Malé se encontraba. Subió las escaleras apresuradamente, al llegar se frenó y vaciló antes de tocar la puerta, respiró y se animó a hacerlo; su corazón se aceleró y una sonrisa se dibujó en su rostro al momento en que la puerta se abrió y apareció Malé detrás de ella.

—Hola —musitó ella, vestida con la piel de unicornio.

En la entrada de la torre estaba Tato, fijándose que nadie llegara, y de hacerlo, evitar que subieran. La idea de ser cómplice del amor hacía feliz al pegasus, que siempre había querido ayudar a quienes lo necesitaran y lo merecieran. Tato sabía que para los dos enamorados no había nada más importante que verse cada semana; por lo tanto, para él no había mejor manera de ayudarlos.

Juma se sentó junto a Malé y la observó por un momento, acarició una de sus patas delanteras justo antes de que la sonrisa de Malé desapareciera.

—¿Qué sucede? —preguntó afligido Juma a la alicornia. Malé tomó una gran bocanada de aire y vaciló un poco, antes de responder.

—No es nada grave, solo buscaba la manera de decirte algo —dijo forzando una sonrisa—. Mañana debo decidir entre ser unicornio o ser humana para siempre. Mi padre está muy enfermo y ahora es el momento de ponerse al frente del reino.

Debo decidirme si quedarme aquí encerrada siendo solo una alicornia o salir y gobernar mi pueblo como la Reina que mi padre siempre soñó.

Malé se alejó hacia un costado antes de que Juma pudiera comprender bien lo que ocurría. Malé sabía que esa decisión determinaría el destino de su relación con Juma, pero también sabía que esa decisión debía tomarla ella sola, ya que esta marcaría un punto importante en su vida.

—¿Y ya decidiste algo? —preguntó Juma con un notable tono de preocupación y tristeza.

—Aún no, sabes que ser princesa y estar en el castillo con mi familia es muy importante para mí, pero correr por el bosque sintiendo el aire en mi rostro también lo es —dijo mirándose la punta de sus pezuñas.

—Podrías ser las dos —se apresuró a decir Juma algo esperanzado—. No tienes por qué abandonar ninguna piel, puedes elegir la torre y el bosque.

Malé sonrió unos segundos antes de aterrizar de nuevo en la realidad. Miró a Juma y le dijo:

—Sabes que mis padres no lo entenderían, todos mis antepasados han servido al reino y si decido no hacerlo, seré desterrada y condenada por el hechizo de la gran noche. No existe un alicornio que haya conservado sus dos formas para siempre.

Luego de un silencio que pareció eterno, Juma se levantó.

—Tengo una idea —dijo y salió de la habitación dejando confundida a Malé, quien levantó su ojo derecho con incertidumbre.

Juma descendió con rapidez por las escaleras y abrió la puerta empujando a Tato.

—Necesito tu ayuda —dijo antes de que el pegasus pudiera decirle algo.

Enseguida ambos se perdieron entre el bosque. Malé estaba aterrada, no comprendía cómo Juma encontraría una solución al problema. Se sentó en una silla cercana a su ventana y se dejó llevar por sus pensamientos, adentrándose en un sueño donde corrió por las praderas siendo humana, con el viento rozando su rostro. Despertó repentinamente al caer de la cama y lo que realmente la inquietó fue ver tras su ventana el sol apareciendo en el horizonte con unos rayos que brillaban.

Alistarse, desayunar y bajar de la torre fue toda una tortura para Malé. El tiempo parecía pasar inusualmente rápido, acercándola cada vez más al momento que definiría la decisión que marcaría el resto de su vida. Sin embargo, antes de acercarse al castillo a la ceremonia real de coronación, Malé quiso despedirse de su forma alicornia y qué mejor forma que hacerlo que en el río de Loflang. Sus aguas estaban tan transparentes y cristalinas que se sumergió hasta lo más profundo. De repente, en un abrir y cerrar de ojos, algo la elevó al son de los pájaros y las flores de lavanda que la rodearon. Malé desconocía qué estaba pasando hasta que escuchó entre los arbustos la voz de Tato que decía:

—Vuela tan alto como puedas sin usar tus alas y encontrarás que ni el cielo es tu límite.

Varios destellos de luz empezaron a brotar de su vestido de princesa, tejido desde hacía meses para la coronación. Poco a

poco la alicornia descendió confundida por lo ocurrido. Mientras la alicornia se arreglaba su hermoso vestido, escuchó unas pezuñas, giró a su derecha en el borde del río y vio a Juma y a Tato. Ella les preguntó:

—¿Qué pasó aquí?

—Tranquila, tu momento es aquí y ahora; el bosque solo hizo lo correcto, la respuesta está en tu corazón —respondió Juma.

Malé corrió hacia el castillo a tiempo para la ceremonia. Al llegar se llevó una sorpresa: no solo se encontraba su familia, sino que también estaba todo su pueblo y las criaturas del bosque. Para su asombro, cada persona y criatura anhelaban a su reina. El bosque comentaba en susurros el permiso para gobernar no solo a los hombres, que por primera vez permitirían conservar a una alicornia su forma humana y unicornia.

Fue así como dos reinos de la tierra de Loflang se unieron gracias al sueño de una alicornia y la confianza que todos los habitantes de estos reinos tenían en ella: la forma más eficaz de acercar a la aldea a la maravillosa vida silvestre donde la conciencia por el cuidado permaneció por generaciones y nunca más el miedo de los animales de andar en la aldea se volvió a presentar, porque la reina logró que el amor hacia el otro fuera el pilar fundamental de Loflang.

